

DESARROLLO SOSTENIBLE Y ARQUEOLOGÍA

Jorge G. Marcos

Si miramos hacia atrás, la arqueología en el Ecuador ha ido dando palos de ciego en un avance nada planificado. Impulsada por instituciones e individuos con buena voluntad y de tendencias variopintas, la arqueología ecuatoriana sigue y seguirá luchando por salir del cascarón ecléctico que la constriñe, y se encuentra a la espera de que surja una política gubernamental que la libere y le permita llegar a constituirse en uno de los motores que tiren del carro de un desarrollo sustentable, no sólo a nivel comunitario sino a nivel de país. Todavía en muchos aspectos conserva sus orígenes decimonónicos, al igual que ocurre en muchos países de nuestra América y del mundo.

Como es sabido, la arqueología hunde sus raíces en la afición al coleccionismo de objetos antiguos que surgió en Europa al socaire del movimiento romántico, entre fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX y como consecuencia del surgimiento de las clases burguesas ilustradas y enriquecidas por la revolución industrial. Las excavaciones de Pompeya y la intervención de Napoleón en la guerra de Egipto, en cuya expedición participaron sabios franceses de gran prestigio, configuran los fundamentos de lo que más tarde sería esta disciplina auxiliar de la historiografía, que ha terminado por adquirir cierta independencia de ella, no siempre justificada. La investigación arqueológica ha tenido que recurrir a un conjunto de técnicas y métodos que integra las humanidades y la física en una simbiosis ciertamente intrincada. Esta interdisciplinariedad se hace cada vez más imprescindible.

El nacimiento de la arqueología se debe a la existencia de una sociedad rica en la que abundaban los mecenas y su desarrollo ha sido espectacular, desde que el progreso tecnológico puso en marcha el proceso de desarrollo sostenido (continuado) que viene experimentando Occidente desde el siglo XIX. Los gastos del trabajo arqueológico son no sólo altos, sino en muchas ocasiones espectaculares. Ya no es posible depender de la afición de aquellos investigadores pioneros, que ponían su fortuna personal al servicio de las excavaciones de viejas ruinas de la antigüedad.

En el mundo, desde hace muchos años, la arqueología avanza gracias a una pléyade de investigadores profesionales que llevan a cabo cuantiosos proyectos arqueológicos, financiados por el Estado y/o por las grandes fortunas de magnates de la industria, fundaciones

y empresas multinacionales, que prestan su apoyo buscando mejorar el prestigio de sus marcas comerciales. Un ejemplo en el Perú es la Fundación Augusto N. Wiese, dedicada a la conservación y estudio de la cultura y patrimonio arqueológico del Perú. Esta Fundación está vinculada al Banco Wiese, originalmente de propiedad de la familia Wiese y actualmente convertido en Banco Wiese Sudameris. La Fundación se dedica a diferentes obras sociales y en cultura se ha concentrado en la investigación, conservación y restauración del Complejo Arqueológico “El Brujo”, situado a 60 kms. de la ciudad de Trujillo (Departamento de la Libertad, Perú). En Oriente, la arqueología china lidera la investigación de su antiguo y riquísimo pasado como una política de Estado. Y en América es política de Estado la investigación y puesta en valor de monumentos arqueológicos en México y en Perú.

Ni uno, ni otro enfoque han llegado todavía al Ecuador, y la investigación de su rico pasado ha dado una serie de primeros pasos —pinitos, dijera yo— merced al apoyo de instituciones nacionales, como lo hizo CEPE en la década de los ochenta y el Banco Central del Ecuador hasta la actualidad, o el Banco del Pacífico hasta la crisis bancaria de los noventa. Pero lo que se hizo con la mano, en muchos casos se lo borró con el codo, al invertirse mucho en la adquisición de colecciones arqueológicas y en el montaje de museos, sin invertir mayormente en la investigación profesional de los yacimientos arqueológicos. Así, buena parte de los objetos con que se nutrieron los fondos de estos museos provienen de excavaciones por huaqueros o de hallazgos casuales, en ambos casos huérfanos de contextos que permitan el análisis de la historia sociocultural de las sociedades que los crearon.

En los albores del siglo XXI, los países sudamericanos, merced a la investigación científica, profesional e interdisciplinaria, van tratando de reconstruir su historia, desde la prehispánica a la nacional; pero la historia cultural del Ecuador, todavía a la saga, trata de salir de la nebulosa de la leyenda. En este proceso, en muchos casos va creando nuevas fábulas producto de una falta de rigor en la investigación y en el análisis.

En nuestro país no ha existido, ni existe, un plan de investigación, puesta en valor y preservación de los más importantes sitios arqueológicos. Un ejemplo

lo constituyen las diferencias en el enfoque sobre el tratamiento de sitios como *El Cerro de Hojas* en Manabí (Ecuador), *Macchu Picchu* en Perú y *Buritaca 200* en Colombia:

1. Las primeras investigaciones en los Cerros de Hoja y de Jaboncillo, entre Montecristi, Picoazá y Portoviejo, las publicó el arqueólogo norteamericano Marshall Saville en dos informes (1907 y 1910), dignos ejemplos de la clásica arqueología norteamericana de principios del siglo XX. El material excavado fue llevado al Museo del Indio Americano de Nueva York, financiado por la George Heye Foundation, y permaneció en las bodegas de ese museo hasta que fue trasladado a Washington D. C., como parte del complejo Smithsonian hacia fines del pasado siglo XX. La ingente colección incluye 84 troncos de piedra en "U" bajados de este centro político-ceremonial de gran interés arquitectónico, y posible centro de poder de la Sociedad Manteña-Huancavilca.
2. Hiram Bingham, arqueólogo de la Universidad de Yale, en Estados Unidos, descubrió el famoso sitio de Macchu Picchu el 24 de julio de 1911. Más tarde el Gobierno del Perú dio inicio a un programa de restauración del mismo, y hoy es uno de los complejos arqueológicos más espectaculares y más visitados del mundo, recientemente declarado Maravilla de la Humanidad.
3. En la década de los años 1970, Álvaro Soto Holguín, director entonces del Instituto Colombiano de Arqueología, procedió a la limpieza y restauración de uno de los sitios que habían sido explorados en la Sierra Nevada de Santa Marta y que fue designado como Buritaca 200. Con una inversión cercana a los tres millones de dólares, el Instituto Nacional de Antropología de Colombia y el gobierno colombiano lo restauraron, poniéndolo en valor, y hoy es uno de los sitios monumentales más importantes de Colombia.

En el Ecuador casi nadie sabe hoy de la existencia de los yacimientos del Cerro de Hojas y del Cerro de Jaboncillo, y están allí, expoliados, en grave peligro por la actividad de las canteras que explotan sus rocas y destruyen el rico ambiente de bosque tropical seco que los cubre, y por supuesto, su arqueología. El Ecuador dio su beneplácito a la colección (rapiña) de bienes patrimoniales que hizo Saville, mientras que Perú y Colombia invirtieron en el estudio y en la conservación de lo suyo. Y ahora lo siguen haciendo, privilegiando la formación de arqueólogos profesionales, como lo hacen la mayoría de los países de nuestra América. Pero en el Ecuador, esto se ha visto severamente restringido, un ejemplo es



Gigante de Bahía

el cierre de la carrera de arqueología que funcionaba en ESPOL.

La formación de arqueólogos es imprescindible

Si es cierto que debe ser una cuestión de Estado la restauración y puesta en valor de los monumentos arqueológicos, como los del Cerro de Hojas y del Cerro de Jaboncillo, hay otros muy importantes sitios que deben ser protegidos e investigados, y que se encuentran en peligro de ser destruidos en su totalidad por el coleccionismo de quienes creen que la historia se guarda en vitrinas. No todos los yacimientos importantes son restaurables, como los de los Cerros de Hoja y Jaboncillo; en el Neotrópico hay yacimientos como Real Alto y otros muchos que siguen incógnitos, que tienen tanta importancia como los de gran monumentalidad visible. Sin embargo, con la metodología científica e interdisciplinaria que la arqueología contemporánea ha desarrollado, los resultados de su investigación pueden validar fehacientemente la reconstrucción histórica del pasado del país. Para ello, no solamente hay que pasar leyes que permitan su conservación patrimonial, sino que debe ser cuestión de Estado apoyar la formación de equipos interdisciplinarios de arqueólogos y especialistas en la investigación arqueológica e histórica, de la más alta formación académica y con la ética de rigurosidad científica. ☐

Jorge Marcos Pino (Guayaquil, 1932). Ecuatoriano, licenciado en Filología Inglesa por la Universidad de Harvard; Maestro en Antropología y Doctor en Antropología por la Universidad de Illinois, Urbana-Champaign. Director Fundador del Centro de Estudios Arqueológicos y Antropológicos CEEA – ESPOL. Profesor Invitado a la Cátedra Max Uhle en Bonn; en la Universidad Autónoma de Barcelona, y en la Universidad Complutense de Madrid. Premio Nacional Eugenio Espejo al mérito científico en 2003. Autor de varios libros y artículos.